Porque Clío era mujer

Buscando caminos para su historia

Julia Tuñón

Todavía hay quien gusta de imaginar al historiador como un señor viejito, obsesionado por minucias y deslumbrado por los que cree grandes hechos: batallas, planes, gobiernos. Un hombre que en el camino de ida al archivo luce un traje anticuado, oscuro, brillante por el uso, que regresa horas después con su atuendo polvoso, luego de reconocerse entre papeles de otros tiempos para evadir los propios. Esta figura ya ni como símbolo es precisa: la historia asume hoy otros tonos. No me gusta concebirla como el análisis anatómico de un cadáver sino como el fisiológico de un complejo y peculiar ser vivo, lleno de relaciones, contradicciones y desfases, de cambios y continuidades; un estudio que ayude a comprender los caminos humanos en sociedad: los abiertos y los cerrados, los atajos, precipicios y puentes.

Me gusta concebir la historia de las mujeres así, pero también como un espejo que pueda devolver al colectivo femenino una imagen para reconocerse. Las luces y sombras que ha tenido a lo largo de los siglos, más que permitirle un reconocimiento, le han forzado el recurso de la enajenación. Las luces construyen un arquetipo; las sombras ocultan las opciones y realidades que, como género, han vivido. Su imagen ha sido mítica, una fábula que poco tenía que ver con las mujeres concretas y poco que hacer en la historiografía. Ahora se intenta dirigir la luz a esas penumbras sin olvidar las partes iluminadas, que han condicionado en forma importante los estilos de la opresión. Immanuel Wallerstein ha escrito que no podemos narrar el pasado como era, sino como es: son las inquietudes del presente las que pautan en gran medida nuestras búsquedas y preguntas, las que, por ende, conducen nuestro conocimiento histórico.

Hoy sabemos que las mujeres han habitado el pasado, aunque tradicionalmente sólo se han atendido los casos aislados de heroínas, mártires, esposas o amantes de hombres destacados. La mujer anónima quedaba de lado. No creo que esto se deba a una conjura sino a una concepción de la historia que calibraba, como los temas importantes, los de índole político y militar, ésos en los que sus actores se veían con vocación de estatuas. Antes, los mundos de la mayoría, tanto en lo público como en lo privado, la vida cotidiana y rutinaria de hombres y mujeres, no se consideraba digna de atención. Hoy, el historiador acude gustoso a rescatar a los "sin historia", a los marginados del poder, a quienes se perdieron para la memoria. Dar voz a estos sujetos implica bastante

más que rellenar huecos, permite dar otra lectura a los procesos, incluir las mediaciones entre los individuos y la organización social y permitir una comprensión más precisa del funcionamiento histórico. Se atienden los poderes oficiales y estatales, sí, pero también los alternativos que de alguna manera pueden influir en la sociedad. La escuela de los Anales ha sido, de una manera importante, portavoz de estas inquietudes de nuestro tiempo. El feminismo, desde otro lugar, ha hecho evidente para las mujeres la necesidad de recuperar la voz. Ambas posiciones se conjugan, porque recuperar la historia es recuperar otra forma de voz.

Feminismo e historia coinciden en la necesidad de rescatar a las mujeres del silencio. Al mostrar el carácter social de la condición femenina se puede superar el de la naturaleza, que avasalla y paraliza. Al "eterno femenino" se puede contraponer la historia. Ante lo eterno, las diferencias entre grupos, tiempos y espacios; ante lo eterno, los ritmos de cambios de inercias; ante lo eterno: el pasado, el presente y el futuro.

Es con relación a lo anterior que resulta fundamental el empleo de la categoría género, entendida como la construcción social del sexo. El sexo biológico de la mujer implica ciertas características a las que se agregan una serie de elementos culturales, históricos; por ejemplo, la manera de ejercer la maternidad y la crianza. Ahí ya estaríamos hablando de género. La categoría género, entonces, alude a la diferencia entre sexo biológico e identidad adquirida. Si "sexo" alude a razones de la biología, "género" lo hace a las de la cultura y la sociedad, ámbito humano por excelencia. Los elementos del género atañen a las creencias, valores, actitudes, formas de comportamiento, rasgos de personalidad e, incluso, actividades que sustentan y ejercen hombres y mujeres y que son, precisamente, las que hacen la diferencia y jerarquía social entre unos y otras. Con la cultura y su influencia en la conformación del género, la diversidad natural entre los sexos adquiere una dimensión precisa y queda inscrita en la historia. Como tal no es eterna, sino que se define en un proceso complejo y conflictivo que conlleva criterios de valor. Generalmente lo femenino se ha considerado inferior, la diferencia ha implicado una desigualdad.

El sistema de género se expresa básicamente en tres dimensiones: la económica, la política y la simbólica. Atenderlas lleva a precisar históricamente las diferencias, pero también las similitudes entre las mujeres obliga a ver las relaciones con la raza y la clase, con los hombres y la sociedad en su conjunto. Cuestiona la fantasía de que todas las mujeres somos idénticas, por ser mujeres. Se desarma la tesis del destino natural, no sólo en el conocimiento, sino también en el cambio.

El sistema de género penetra los ámbitos de la sociedad en su conjunto, desde las relaciones más privadas hasta las más públicas. Se asigna a las personas concretas desde el nacimiento y en el proceso de socialización se asume, con mayor o menor conflicto, como una identidad propia, requisito para ejercer los roles o papeles precisos —varoniles y femeninos— en la sociedad. Así pues, el sistema de género suprime para unos y para otras alternativas posibles de la personalidad y propicia tan sólo el ejercicio de aquellas que se han considerado específicas. Por ejemplo, en nuestra sociedad todavía se valora en el hombre el carácter emprendedor y la rebeldía, mientras que la mujer debe hacerse cargo de las características complementarias: docilidad y receptividad.

Me parece necesario hacer notar que un sistema de género no es una realidad absoluta, sino un sistema dominante y, como tal, no se aplica en forma idéntica a cada uno de los componentes de su sociedad; entre el sistema de género y su ejercicio concreto por los sujetos sociales hay, o puede haber, una distancia mayor o menor. Para el historiador, el término puede verse como un modelo de análisis, una herramienta teórica nutrida de la práctica social y diseñada, precisamente, para captarla. Y no hay que olvidar que

una formación histórica es siempre más compleja que su molde.

La mujer en el historiar

La nueva historia atiende al hombre desde el lente particular: tanto el colectivo como los individuos pueden ser sujetos de interés, se atienden los vínculos entre lo público y lo privado, lo excepcional y lo cotidiano. Las relaciones entre los diversos agentes sociales deviene fundamental. Lo anterior implica plantear nuevos problemas. Para resolverlos se han desarrollado los caminos que estudian, por ejemplo, la demografía, la cultura popular, el ocio, que se convierten en atalayas desde las que la realidad se vislumbra con otras luces. Se abre un abanico de temas que incluye lo antes desterrado o encerrado, como la locura, la brujería, la sexualidad, la cocina. La vida privada, y aun la secreta, la forma histórica de vivir las características de naturaleza que nos da nuestro también ser animales: los olores, el miedo, por ejemplo. Lo anterior obliga a precisar ritmos diversos, cambios y continuidades, obliga a utilizar fuentes novedosas, pero también a atender las tradicionales con una mirada diferente, con otras preguntas y otra sensibilidad.

El tema de la historia de las mujeres tiene ya carta de legitimidad: atañe a un sujeto olvidado, que se mueve básica, aunque no exclusivamente, en el ámbito de la privacidad, con los morosos ritmos cotidianos de su labor específica, particularmente asociada al cuerpo. Al abrirse los campos de la historia en que sí se encuentra la mujer, su presencia deviene insoslayable. No obstante, muchos problemas giran alrededor de los cómos ha de hacerse esta historia. Quisiera apuntar aquí algunos de ellos.

En el tema se han engarzado las razones académicas con las de la militancia y por eso puede darse el caso de tratar de ver las primeras con los anteojos de las segundas. Por ejemplo, hay veces en que se conciben propósitos del feminismo contemporáneo en luchadoras que se movían por resortes de sus propias vidas y tiempos, no por los nuestros.



Común ha sido la tentación del victimismo, ver el eje de la historia de las mujeres en su ausencia de recursos, olvidando los poderes alternativos que desde su subordinación desarrolla. También la contraria, que lleva a destacar a las figuras de excepción más allá de su representatividad. Mirar, por poner un ejemplo, a sor Juana Inés de la Cruz como la representante de las mujeres novohispanas. Otro punto peligroso es que, en el intento por entender la especificidad de este grupo, se le aísle de las relaciones sociales de las que participa. La mujer ha ocupado fundamentalmente el ámbito de lo privado, pues el sistema de género imperante cerró sus posibilidades en el público. Sin embargo, público y privado ya no pueden verse como esferas excluyentes: en la vida cotidiana esos asuntos tan personales de la

más estricta privacidad se relacionan con el afuera, con lo público, con la moral social, con los usos y costumbres. Público y privado serían más bien dos caras de la misma moneda y necesitan del canto, de la bisagra que las vincule. Las necesidades públicas de una sociedad y las privadas de los seres concretos no son diferentes cualitativamente, sino en su medio y modo de ejercicio. La cultura de la que se participa pauta un modo de vida que media entre la sociedad y sus individuos. Los elementos más privados de la vida cotidiana se modifican de acuerdo a la forma en que inciden, por ejemplo, los medios de comunicación de masas. Por eso el estudio de este tema puede ser una eficaz unidad de análisis para entender los puentes entre ambas.

Al elegir un tema de estudio es importante precisar el sistema de género dominante tanto como el tiempo, espacio, raza y clase social de los sujetos que lo configuran. Es importante entender a las mujeres concretas en sus relaciones con otras mujeres, pero también con los hombres. Si para poder analizar con claridad su especificidad la aislamos y, por descuido o convicción la dejamos fuera de su contexto, la estaríamos marginando. Incorporar a las mujeres en el conocimiento histórico no debería ser —insisto— sólo rellenar huecos, sino intentar obtener una visión del mundo más global, que permita narrar una historia en que hombres y mujeres conviven, tal y como hacen en la realidad. Seguramente esta lectura permitirá una explicación más cabal de la realidad en su conjunto.

Lo anterior implica, también, atender los ritmos específicos con que, en un momento dado, ese grupo social participa en la historia: ¿lo hace sincrónicamente con otros compañeros de ruta? Mucho se ha insistido, por ejemplo, en que el Renacimiento representó, para el sector femenino de la sociedad, un retroceso. Naturalmente este punto requiere precisarse en función de cada trabajo concreto; por ejemplo: en los primeros estudios europeos el tema del cuerpo tuvo una enorme fuerza: se atendía la maternidad, la lactancia, etcétera. Este énfasis acercaba a la mujer a ritmos muy cercanos a la naturaleza y debía hacer la periodización más larga que, por ejemplo, la referida a su incumbencia en los movimientos sociales. Es fundamental no olvidar las relaciones entre los ritmos específicos por género con los de su contexto amplio.

Las fuentes o dónde encontrar a la mujer

Los temas son muchos. Es una provocación hacer un sumario de posibilidades. Pasan desde lo cuantificable a lo simbólico. Desde su participación en la economía o los movimientos sociales, a su papel como artista o la imagen-imaginación que de ella tiene una sociedad determinada. Un problema importante es el de las fuentes: ¿en dónde encontramos a las mujeres?, ¿cómo rescatarlas de un acervo documental que no las contempla específicamente porque se conformó cuando la historiografía no se refería a sus ámbitos de actuación? En los archivos y bibliotecas el rubro de la mujer se ha abierto apenas, pero su acervo, *grosso modo*, lo constituyen obras de veinte años atrás, es decir obras que responden a las nuevas inquietudes, que ya se han hecho un lugar en el conocimiento. Tradicionalmente, su presencia quedaba dispersa en los diferentes temas, a menos que se tratara de las excepciones.

Verdad de perogrullo, olvidada no pocas veces; al sector femenino hay que buscarlo en sus mundos. Parece fundamental hacer énfasis en lo cotidiano, pero esto tiene sus bemoles. Paul Veyne ha dicho que "cada sociedad considera su discurso algo obvio. Es tarea del historiador restituir esta importancia, que vuelve la vida cotidiana secretamente aplastante en todas las épocas: esa banalidad o lo que es lo mismo, esa extrañeza que se ignora. Así como hoy en día tendríamos que hacer un esfuerzo para rescatar de los documentos que nosotros mismos dejamos la estructura de minucias, actos, rituales, objetos e ideas que sustentan nuestra vida, al atender un tema del pasado (como suelen ser los de historia) tene-

mos que elegir bien nuestra fuente y luego forzarla. En eso la historia de las mujeres exige, como cualquier otro tema, la necesidad de ser suspicaz, imaginativo, cauto, preguntón, serlo lo suficiente para buscarla entre líneas, diseñar preguntas y problemas, escudriñar en textos que no suelen regalar la información suficiente. Casi nunca lo hacen.

Como para otros temas hemos de preguntarle al documento que analizamos, sea visto, leído u oído. Preguntarle básicamente qué dice, quién dice eso, a quién se lo dice, por qué, desde dónde, en qué momento particular y general, qué significa eso, y confrontar las respuestas con las que fuentes paralelas puedan ofrecer o sugerir.

Sólo hasta recientes tiempos encontramos a nuestro sujeto en los libros de historia, en las elaboraciones ya hechas sobre determinado tema por nuestros colegas. Así, en el caso de la mujer es particularmente importante acceder a las fuentes de primera mano. Ahí, revisando material en bruto, ellas aparecen muchas veces. Suele suceder que, al hallarla, no sepamos qué hacer con ese material: carece del fulgor evidente que se adquiere con sólo estar en el análisis impreso de equis tema: por ejemplo, encontrar listas de mujeres que dan dinero a favor o en contra de la guerra de independencia o de reforma parece menos importante que si leemos el análisis de su participación en los conflictos. Eso puede desanimar, pero puede ser también un reto, pues hace evidente que falta mucho por hacer. Es necesario, para empezar, realizar ese trabajo que Michelle Perrot ha llamado "acumulación originaria de información".

Configurar un banco de información es el mejor conjuro contra la tentación de asimilar modelos de análisis ajenos a la realidad que trabajamos. Es necesario atender esos acervos que no son historia, sino tan sólo el material para que, mediante el análisis y la interpretación puedan devenir en historia y adquirir ese fulgor especial de los libros.

En la historiografía su presencia es escasa, pero en cambio es común encontrar a la mujer en esa suerte de fuente de primera mano que para el historiador es la novela, la poesía, el cine, la historieta. En estos casos suele existir una sobreabundancia de información. Se trata de la mujer imaginada que tiene, por supuesto, muchos elementos de realidad. El arte y la imaginación tienen una materia propia y la información que nos ofrecen está pautada por ese propósito y naturaleza. Al enfrentarnos a ese tipo de fuentes debemos preguntarles-preguntarnos, además de otras cosas: ¿tiene que ver el arte con la vida cotidiana? ¿son reales los deseos?, ¿influye en la realidad el "deber ser"?, ¿cómo se relaciona la ideología dominante con la práctica social y cómo se distinguen entre sí en una obra artística o comercial? Generalmente este tipo de fuente muestra, además de su propia intención, elementos de la realidad objetiva, concreta, y el historiador, ahí, debe buscar por el revés de la trama, por el negativo de la fotografía para precisar su sentido. Sabemos que su reino es lo subjetivo, pero ¿debemos desecharlas por mentirosas? Creo que no, creo que en historia no existe algo así como una fuente mentirosa; aun lo muy parcial o franca-



mente falso nos puede ofrecer otro nivel de la realidad.

La mujer y el cine: una historia

El caso del cine, fuente primordial de mi investigación acerca de las mujeres a través de su imagen en México durante el periodo comprendido entre 1939 y 1952. Se trata de un medio complejo que forma parte de la producción económica (es una industria que ocupa a muchas personas), del arte, de la cultura popular, de la ideología dominante. El cine cuenta ficciones pero ¿por eso cuenta falsedades? El cine transmite un sueño, pero un sueño peculiar; debe tener los elementos necesarios para procurar la identificación del público y también aquellos para lograr su evasión. Debe, entonces, conjugar el deseo con el retrato. Esta contradicción implica un reto: ¿hasta dónde el cine retrata un ser o un querer ser? El cine muestra el orden de lo cotidiano de una manera privilegiada; los objetos, los decires, las modas, pero también muestra el imaginario. Alude al mundo público, y también a lo más privado, que son los anhelos.

Así pues, es importante confrontar la fuente, no para restarle validez a su información, sino para contextuarla No para rellenar los datos que el cine no ofrece con información de otro nivel e intención, sino para darle una dimensión más completa. En mi caso he buscado a mi sujeto en la prensa, particularmente en la nota roja, los consultorios sentimentales, los anuncios comerciales y los de ocasión. La nota roja ofrece un inventario de realidades expresadas en los casos límite, los de su violación; permite acceder a lo usual a través de lo extraordinario y transmite, además, el código moral dominante pues suele aprovecharse para dar lecciones de comportamiento. El consultorio sentimental permite ver, en las preguntas, una serie de problemas cotidianos que vivían las mujeres y, en las respuestas, los paradigmas de la moral dominante. Los anuncios remiten a lo más público, se relacionan con el mundo del comercio y se inscriben en el deber ser, asimilándolo a lo que se debe tener. Los anuncios de ocasión ofrecen un mapa de las demandas y ofrecimientos de la sociedad en muchos terrenos. También he atendido a la prensa de tema fílmico, a la propaganda y a las historias acerca del cine mexicano, para entender el ámbito inmediato en que esta imagen se genera. Las entrevistas de historia oral permiten acercarse a la parte más personal de los recuerdos, a la visión propia, la interpretación personal de una serie de sucesos con múltiples lecturas.

No existe algo así como la fuente absoluta, de manera que se impone atender varias de ellas. Por ejemplo, si busco a la mujer trabajadora, la estadística me dará una información, pero la imagen, que actúa en otro nivel, me dará otra. No son contradictorias, pero sí diferentes, y así se impone trabajarlas. Se complementan, sí, pero cada una desde su muy precisa idiosincrasia y no puedo empatar mi mirada sobre ellas. En la imagen veré encarnados en figuras de luz muchos de los datos que me dan escuetamente las estadísticas, por ejemplo la frecuencia de mujeres que trabajan como sirvientas o el incremento de las secretarias. A través de la anécdota puedo atisbar problemas que no son claros en los números; de la doble jornada o del hostigamiento sexual, por ejemplo. La entrevista de historia oral alude a los recuerdos concretos de las personas. Cada fuente tiene sus límites y atender a varias puede proponer sugerencias interesantes.

Sin embargo es importante no perder la especificidad de su propio contenido.

La cara de Clío

Recapitulando: las fuentes se han abierto y eso puede ser muy positivo. Lo importante es precisar bien sus límites y nuestro problema concreto. Imaginemos cómo hacerlo; he diseñado un problema, un modelo que incluye la categoría género, que contempla los ritmos del tiempo histórico en que se desarrolla el tema elegido, he tratado de precisar las relaciones entre los distintos niveles de la realidad, he sondeado las fuentes que me

prometen información, he de llegar a ellas, entonces, con imaginación, apertura y modestia. Entendiendo las posibilidades de las mujeres que estudio para evitar leerlas con mis concepciones (¿eran feministas las redactoras de *Hijas del Anáhuac*). Dejando encerrado el victimismo (¿qué haría si me encontrara con que las prostitutas no siempre eran unas víctimas sociales?), pero también echando llave a la tentación de convertir las excepciones en la común (¿qué haría si me percatara de que para muchas mujeres las heroínas del FUPDM (Frente Único Pro Derechos de la Mujer) no eran paradigma de libertad sino alboroto de viejas locas?). Cuidando de no aplicar modelos teóricos diseñados para otras latitudes (¿qué haría ante la evidencia de que público y privado no siempre son campos definidos?). Devolviendo a las mujeres a su sociedad concreta, una vez analizada su especificidad (para poder entender, por ejemplo, que cuando sor Juana, la décima musa, hacía préstamo a interés no violaba su etérea naturaleza, sino simplemente ejercía una práctica común entre las monjas ricas de sus años). Apuntando una periodización propia que no excluye la de su tiempo histórico global (para ver, por ejemplo, las continuidades entre el siglo XVIII y el XIX respecto al sentido de la familia y los cambios que, al respecto, implica la reforma).

Con todo lo anterior, la historia de la mujer podría permitir, efectivamente, más que rellenar huecos dar una interpretación global de la historia que las incluya como actoras de un proceso que ha sido también el de ellas. Clío no era mujer, era musa (hija de Júpiter y Mnemosine, iluminadora de la historia), pero era el género femenino. Y en la historia, hoy, queremos rescatar a los seres humanos más que a los mitos. Me gustaría darle a Clío cara de persona, cara de mujer y pedirle que nos guíe por ese camino en que tan a menudo nos perdemos.♦



